

pués de haber habido plazas en la calle del Bautisterio de Santa Catarina y callejón de la 1ª calle de Mesones.

En cuanto al verso, puede decirse que fué la época de 1836 á 40 del dominio pleno de Bretón; se animaron por comparación sus tipos cómicos: se recitaban sus lindos versos de memoria y se convirtieron sus chistes en frases familiares.

Salgado, Vallete, la Duvreville, la Platero, fueron los intérpretes felices del autor español, y aunque deficientes decoraciones y vestuarios, aunque al arte escénico no había llegado la regeneración que se operaba en España en esta época, puede decirse que tuvo muy marcados adelantes el teatro.

La Pautret, que había encantado con sus bailes, que arrancó aplausos entusiastas á la lira de Heredia, que convirtió en recuerdos voluptuosos Terbaldo y Dorlesea, Napoleón en Egipto y otros bailes, cedió coronada de lauros, su puesto á sus hijas Joaquina y Aurora que salieron á la escena protegidas por el nombre y la estimación que dispensaba el público á Gorostiza.

Alborotando conciencias, escandalizando ancianas y sembrando inquietudes en el corazón de las familias, por aquellos tiempos aparecía como triunfante el carnaval, hasta poco antes sumido entre los anatemas de la Iglesia y el desprecio.

Como en toda sociedad hipócrita y oprimida, el carnaval fué un *fiat* de licencias, un motivo de solaces de

gente circunspecta y de sacristía, y un salvo-conducto de diabluras de todo vicho que aspiraba á los goces mundanos, conservando reputación inmaculada.

Pero por lo mismo que las restricciones habían sido tiránicas y que aun el libertinaje aspiraba á los títulos de rumbo y de trueno, hubo máscaras que representaban monjas descarriadas, frailes prostituidos y santos en orgía: se atribuían, acaso sin motivo, estos desmanes á oficiales del Ejército como Mantea, Miñón, Barberi, Garmendia, Téllez y otros que daban el tono á la alta sociedad de entonces. El populacho seguía estas huellas, y charros de cutis de sombra parda, tacones torcidos, pantalones con valenciana de hilachos, parodiaban entre gritos y contorsiones aquellos cuadros.

Irritado el deseo con los atractivos de la careta y deseosos de evitar los peligros de una irreflexiva publicidad, se formaron grupos ó reuniones de máscaras, se vestían caprichosamente, contrataban su música de bandolones, bajo y flauta, y llevaban la comparsa á una casa particular (previo discretísimo aviso al dueño) casa que se iluminaba, en la que se servía cena ó refresco y en que se bailaba con la desazón de los lances y chascarrillos de los máscaras.

Corrieron los tiempos; las comparsas se organizaron; ya no eran vestidos de papel ni de cucharas, ya no panaderos y léperos, eran parejas con ricos vestidos de fantasía, descendiendo los trajes de moros, de chinos y las caretas de monos, perros y figurones á la ínfima plebe.

Los *dandys* adoptaban traje de marineros ó de jarochos, ó de caballeros de la edad media, ó de trovadores y templarios, derramando chistes y donaires, vertiendo polvo de oro y perfumes sobre las damas y excitando la curiosidad dentro de los límites de la decencia.

Entre estos *jugadores de careta* se distinguían Pepe Calderón, Fernando Urriza, Diego Correa, Juan Peza y otros jóvenes llenos de gracia y de talento.

El dominó no había aparecido aún; su tiesura monacal, su inanimada y casi funesta inmovilidad, era, ó desconocida ó desechada en la buena sociedad.

Máscaras y comparsas, como hemos dicho, se solazaban en las casas particulares, conservándose por mucho tiempo memoria de las recepciones en los grandes salones de las Casas de Moneda, habitada por el Sr. Lic. D. Bernardo González Angulo; las del General Barrera, contratista de vestuario, esquina del Reloj y Cordobanes, donde hoy se encuentra la Lotería Nacional. Barrera, en uno de esos años, dispuso una comparsa de Reyes, formada con los hombres más notables de la época, y las del Sr. General Valencia en el Mirador de la Alameda, que tenían un carácter más popular, aunque la elevada posición del General las hacía lujosas y distinguidas.

Las fiestas callejeras del Carnaval se reducían á retozos más ó menos groseros, con el pretexto de quebrarse cascarones de tizar, de salvado, de miel y aguas pestilentes; y entre la gente bien educada, lanzar flo-

res, aguas de olor y *agasajos*, consistentes en fracciones pequeñas de papel de colores, mezcladas con partículas de oro volador.

Había entre el populacho desfiguros horribles, cuellos pelados de sombra parda, zapatones á raíz de la piel y modales zurdos y ordinarios.

En el paseo, á que era de rigor que concurriese la ciudad entera, alegre y vestida de gala, había sus carretelas vistosas con sus damas coronadas de plumas y llenas de encajes, caballeros fantásticos con vistosos arreos, y comparsas que broméaban en su tiple característico y con su algazara estrepitosa.

De esas comparsas particulares y representaciones callejeras, conservo dos recuerdos.

Veamos el primero:

El General D. Manuel Andrade, en su hermosa casa, calle del Puente de Monzón, recibió una suntuosa comparsa. Luz, flores, mujeres, engalanaban á porfía el salón en que cascos y plumas, cucuruuchos de polichinelas, chambergos y gorros, como que se mecían en el oleaje compasado de las damas.

Multitud de máscaras discurrían aquí y acullá, dando sus cargas, excitando la hilaridad ó perseguidos por curiosos. Numerosos criados circulaban con grandes charolas repartiendo bizcochos, helados y licores, y todo era animación y contento, cuando atropellando gente, imponiéndose con sus modales, aturdiendo con sus gritos y llamando vivamente la atención su traje bordado de oro y sus cascabeles, apareció un más-

cara que sabía la vida y milagros de todos, les disparaba sátiras picantes á muchos, y excitó de tal modo, que en cierto momento reinó el silencio, y todos estaban pendientes del máscara grotesco.

Y no obstante la osadía de este personaje, sus modales eran mirados y decentes; en las bromas se contenía en ciertos límites, y como que observaba mayor recato al acercarse á los hombres.

Algún calavera, excitado por las bromas del máscara, le cercó con sus brazos y quiso forzarlo á que se descubriese; pero éste, ligerísimo como un relámpago se encogió, se sesgó, se escabulló, y de un salto, abriendo resueltamente el piano, tocó, y tocó admirablemente, de arrebatar, de enloquecer, de avasallar y endiosar á la concurrencia.

Sentado al piano el máscara, su compostura, sus manos de marfil, su señorío, inducían á creerlo una señorita distinguida, y cuando dejó de tocar, los aplausos, las atenciones y las delicadezas le formaron una verdadera ovación.

En varios concurrentes fué poderosísima la impresión que produjo el máscara, aumentándose desde que se comenzó á dudar de si era hombre ó mujer, por las contradictorias manifestaciones que hacía.

Espiando sin duda algún momento que le pareció oportuno, el más cara abandonó el salón, seguido á lo lejos por una jauría de adoradores. Atravesó calles y plazuelas; apareció y desapareció en el laberinto de callejones de Camarones, Chiquihuiteras, San Antonio

y Delicias; penetró por el Puente del Santísimo y, al fin, rendido, se introdujo, siempre seguido de sus amantes, en la peluquería de D. Gabino Medina, calle del Coliseo. Sus perseguidores quedaron á la puerta. Entró el máscara, se bajó la capucha descubriendo el más perfecto cuello y el pecho y la espalda alabastrina. Los admiradores lanzaron una exclamación de asombro.... después hizo caer sus bucles y sus rizos, y se descubrió risueña la cara barbuda del pianista Centroni.... Llovieron sobre él los improperios y cayó el telón.

El otro episodio á que me refiero, lo forma una ocurrencia de Fernando Calderón y de Ignacio Rodríguez Galván.

Los amigos de que voy á ocuparme son harto conocidos en México por sus talentos poéticos, por su erudición y vasta literatura.

Jóvenes ambos: alegre y abierto de carácter el uno; el otro, aunque taciturno y encogido, condescendiente y amartelado, se querían entrañablemente y eran inseparables.

Ocurrióse á Fernando la idea de vestirse de máscara y de que lo acompañase Ignacio; pero no era para ellos hacer unos máscaras insulsos y pazguatos como todos los máscaras de munición.

Determinó Fernando vestirse de Sancho Panza, con toda la propiedad posible, y caracterizar á Ignacio de Don Quijote, aprovechando su estatura, sus piernas largas y delgadas y su busto levantado y bien hecho.

El famoso yelmo de membrino, la grande lanza, el

color cetrino, los ojos negros y penetrantes, el cuello largo y acanutado, el Rocinante flaco y rejerego. . . . y en cuanto á Sancho, su frente angosta, su nariz roma, su boca grande y abierta, su prominente abdomen, sus piernas cortas y su conjunto casi cuadrado, animado todo por su mirada taimada con sus ribetes de maliciosa. . . . El conjunto era perfecto y podían llamarse el rocinante y el pollino, Don Quijote y Sancho, cuatro personajes de una comparsa interesante.

Al principio pasaron como inadvertidos entre la multitud de gente, de carruajes, caballos y máscaras que se dirigían al paseo, seguía el populacho á la pareja persiguiéndola con cascarnes y chanzas groseras. Algunos concedores del libro inmortal de Cervantes, se dirigieron á Don Quijote y le oyeron hablar en un castellano antiguo, tan atildado, fluido y correcto que no pudieron contener su admiración. Dirigiéronse á Sancho y fueron tan abundantes y oportunos sus refranes, tan agudos sus chistes y llenas de tanta sal y gracia sus respuestas, que llovían aplausos; se propagaba el interés por los máscaras; se hizo escogido y pulcro el círculo de admiradores, y vivas sin cuento y aplausos sin medida llovieron sobre el ilustre Manchego, simpático amante de Dulcinea del Toboso.

Rodríguez conocía el castellano antiguo como nadie en aquella época, y Calderón se sabía de memoria el Quijote, de ahí es que caracterizaron sus personajes, al punto de suspenderse la circulación de coches y caballos, cesar el ruido, enmudecer la música y formar

un espectáculo lleno de interés con los dos personajes de que nos ocupamos.

La autoridad que estaba en el paseo, mandó algunos policías para que custodiasen á los actores de aquella escena y cuidasen el orden. Tal disposición aumentó la curiosidad, y el buen orden atrajo á las señoras.

Entonces fué de ver la exquisita galantería de Don Quijote, su reverencia religiosa á la hermosura y su rendimiento y cortesía con las damas. No le fué en zaga Sancho, quien parecía estar departiendo en la casa de los Duques con los más cumplidos caballeros ó naturalote ¡pero tierno con Aldonsa Lorenzo!

Ni agasajos, ni súplicas, ni amagos, fueron bastantes para descubrir á los queridos personajes, quienes por mucho tiempo guardaron rigoroso incógnito, dejando una impresión imborrable entre la gente de la época.

El auge en que por entonces disfrutaron las máscaras, se explayó en el teatro, donde el lujo, el talento y las gracias se dieron cita para los bailes de «Vieja,» de «Piñata» y «Fantasía.»

El más notable de éstos fué sin duda el preparado y dispuesto por los hermanos Miguel y Leandro Moso, ornamentos de la juventud dorada, con el prestigio de su parentesco con el Emperador Iturbide.

El teatro reverberaba como una ascua de oro; en los palcos, cubiertos de ramos y de flores, se ostentaban Hadas, Sultanas, Odaliscas, Reinas y damas de hermosura histórica, avasallando la seda y los encajes, os-

tentando guirnaldas y plumas, vulgarizando las piedras y formando el conjunto una grandeza olímpica que se perdía en lo ideal y lo maravilloso.

Entre las primeras damas figuraban, por su belleza, las Sritas. Villanueva, las Escandón, las Osio, Lola y Trinidad, las Cubas, las Echeverría, la Obregón, la lindísima Luz Zozaya, y en promesas de amor y de ensueño, Javiera y Rosario Echeverría, Marianita y Victoria Torniel, Conchita Lizardi, Panchita Agüero, esposa después del General Prim. Formaban cortejo á ese Olimpo de deidades, jóvenes apuestos con vestidos bordados, espadas, gorros, cascocs y plumas.

Peña y Barragán y Peza, Juan Roo y López, Escandón, Jáuregui, Gamboa, Badillo, Icaza, lucían sus trajes de Templarios, de Sultanes, de Peregrinos, Trovadores y de todo lo más poético y seductor de la historia.

Las invasiones de ebrios y gente ordinaria al teatro, alejaron á la buena sociedad de él, y comenzó muy lentamente la marcada decadencia de las máscaras.

Preocupando vivamente los ánimos, se anunció la guerra de Francia (1837 y 38) conocida vulgarmente en el público con el nombre de la *Guerra de los pasteles*.

En muy corto intervalo de tiempo se había cambiado la forma de Gobierno y ejercido el poder Supremo Santa-Anna, Corro Don Justo, y Don Anastasio Bustamante.

Lo menos de mi cuidado eran los estudios políticos y los cambios de decoraciones palaciegas.

Se sabía que la causa de la guerra fueron reclamaciones injustas y exorbitantes, á tal punto, que figuraban miles de pasteles, y tan poco justificadas, que después de satisfacerse, según los tratados de paz, hasta el último reclamo, sobraron doscientos mil francos que no había aplicación que dárselos.

Pero en aquellos felices tiempos era sabido que un ministro extranjero venía al país como á tierra de salvajes; le rodeaban especuladores, ávidos y desvergonzados, generalmente hacían contante y sonante su afecto, y le obligaban á que reclamase al Gobierno; el Gobierno resistía... y entonces el Ministro, furibundo, amagaba con una escuadra... Entonces era la tribulación de los diplomáticos y de las casas fuertes... y se acababa por ponernos en bien con la Nación amiga... porque al fin, como que pagábamos, éramos muy civilizados... El Sr. Juárez fué quien primero tuvo la gloria de acabar con esta humillante corruptela.

Mientras en lo diplomático se adoptaba un lenguaje templado y melífluo en lo ostensible, se creaban cuerpos de guardia nacional. Se habilitaban de cuarteles claustros, en el convento de la Merced, San Francisco, etc., y se entronizaba «La Ponchada» con todo su despargenio y con todos sus accidentes cómicos.

Yo, que no tenía cara en que persignarme, y que, como coplero pedestre, eran mi ajuar mi Chantreau y mi barragán, me alisté en un regimiento de caballería,

de que era coronel D. Joaquín Escandón y en el que se había alistado todo lo más rico y elegante de nuestra sociedad.

Sirvióme de pasaporte para la admisión en aquel cuerpo, una marcha que hice contra los franceses, plagada de disparates, pero respirando odio contra el proceder inicuo del gobierno francés.

Además, en la distribución de premios de San Juan de Letrán, había pronunciado el año anterior una oda que se dignó elogiar el sabio D. Bernardo Couto, con notable benevolencia.

¡Oh, qué vida tan deliciosa la del militar de chanza! Diarios y succulentos almuerzos, expediciones y cabalgatas, músicas en la puerta del cuartel, visitas de las personas más distinguidas á los compañeros de armas.

Por supuesto que en lo substancial del servicio aquello no tenía pies ni cabeza; pocos dragones tenían caballos, y los rancheritos dandíes no se avenían á maltratar sus caballos; las fatigas las hacían gentes á quienes pagábamos las guardias, reservándonos el arrastrar el sable, la patrulla por las calles centrales y la guardia en paseos y lugares concurridos. Á cierta hora, el capitán estaba en visita y el cabo cuarto en el billar; el abanderado bufaba porque había recibido tremendas calabazas y no había relevo porque se había marchado con fusiles y todo, media compañía al paseo de Iztacalco.

Á pesar de todo lo dicho, en esa época y en ese cuerpo tuve mi bautismo de fuego, y voy á referir las cir-

cunstancias para que se mida la importancia de mis aptitudes bélicas.

Los franceses ocupaban nuestras aguas; las contestaciones diplomáticas se convertían en más agrias, aunque por desgracia tuvieron desenlace fatal por las concesiones indignas del gobierno de Bustamante. Todo hacía presagiar un rompimiento próximo y terrible. Se sucedieron los ejercicios y los acuartelamientos, y á su sombra los banquetes y placeres de los jóvenes.

El coronel anunció, por fin, el primer ejercicio de fuego, después de adiestrar á los soldados en la *carga de once voces*, á toque de caja y por carretilla, como se decía en el argot de cuartel.

Yo en todos los ejercicios dejaba pasar las voces sin hacer caso; me mordía las manos la cazoleta, dejaba olvidada la baqueta en el cañón y me sumía á la hora de las maniobras comprometidas. Pero no había remedio: el ejercicio de fuego iba á verificarse y yo no había soltado un tirito en mi vida, no siendo el menor de mis temores formar en primera fila, por el concepto que me merecían mis compañeros de armas. Preocupado con tal idea, me ingenié y dispuse las cosas de modo que marchase en primera fila un venerable boticario, de andar majestuoso y continente marcial que se la daba de soldado viejo y fogueado.

Llegamos al Ejido: el ejercicio era pie á tierra; la concurrencia de caballos y coches era numerosísima. Nos formamos en batalla, se abrieron las filas, sonaron

los toques de atención... tan, tan, ¡muerdan cartuchos! ¡Ceben! ¡Cierren! etc., ¡al hombro!... ¡presenten!... (aquí el corazón me saltaba de sobresalto) ¡apunten!... Cerré los ojos... y dije dentro de mí viendo al boticario: ¡Jesús te ampare!... Cuando abrí los ojos, el boticario se levantaba del suelo mal parado y contuso: le había quemado sus bucles abultados y quería comerme... Al volver al cuartel esperando un arresto ó cosa semejante, me encontré con que me habían hecho sargento... para que no volviera á tirar más... Ya se verá que fui un bruto en no haber seguido la gloriosa carrera de las armas, en que logré tan fácil como inesperado ascenso.

El desembarco de los franceses, la prisión de Arista, el combate, la pérdida de la pierna de Santa-Anna y su brillante manifiesto á la Nación, preocuparon vivamente los ánimos.

El manifiesto era obra del Sr. Lic. Villamil; estaba muy hábilmente escrito, rebosaba en sentimientos nobles y generosos y hería profundamente la sensibilidad del pueblo, envaneciéndose de haber derramado su sangre por una patria tan tiernamente amada de su corazón.

En los salones, en los cafés, en las plazas; en medio de la gente que se agolpaba, se leía el manifiesto en medio de las lágrimas que borrraban los recuerdos de San Jacinto y hacían renacer el entusiasmo por el héroe de Tampico.

Los nombres de Rincón, de Gaona, de Labastida, de

Godines y de otros, se pronunciaban con admiración y reconocimiento, refiriéndose que á Gaona los mismos oficiales franceses le condujeron, cargando su camilla, al hospital, en testimonio de estimación; y Godines, que mutilado de un brazo y una pierna, entre las ruinas del Caballero Alto de Veracruz, rehusaba rendirse, se le tributaron espléndidos honores.

El populacho tradujo á su modo la guerra, y voy á dar idea de cómo se interpretó en una representación de títeres en el teatrillo del Puente Quebrado, de que era director D. Vicente Aduna:

Era un galerón obscuro y desmantelado, con sus rasgones en el adobe y sus desperfectos en las negras vigas, sin pavimento ni pintura, con bancas desnudas, cajones colosales de madera, llamados palcos, y un tendido, á que formaban fleco hileras de pantorrillas desnudas, los días ó mejor dicho, las noches de función.

Un solo candil de hojalata chinguinoso y mal alimentado, cuatro albortantes con velas de sebo, una música que remedaba á las mil maravillas el chillido, el aullido, el alarido, el rechinar y el golpeo del batán, eran el ornato del espectáculo, y su complemento la concurrencia más heterogénea, más inconcusa, desigual y abigarrada del mundo.

La escena nos es conocida.

Representa el teatro un espeso bosque que parece desierto; cruzan de vez en cuando chillones con cachuchas, y gesticulando horriblemente, unos monos repelentes de interminables colas. Sale el Negrito, per-